

*Y se inclina con una devoción hipócrita
o se hincha con fatuidad.*

—Heine

“Buenos días, señor.
¿Cómo está su señora abuela?
¿Y la fábrica? ¿Ha conseguido encontrar materias primas?
¿Le han proporcionado obreros militares?
¿Está contento de ellos?
¡Ahora no replican, eh!
¡No más inspección laboral, no más cuestiones de salarios, no más huelgas!
¡Y si protestan, que se les envíe otra vez al frente!
¿Tiene noticias de su señor cuñado?
¿No se le hace a él el tiempo demasiado largo tan lejos de los suyos?
¿Se ha expuesto mucho allí? ¿Cómo anda de salud?”

Así me habla esa gente.
Esa buena gente que, cuando yo tenía las sienes más pobladas,
Y los ojos más claros y el corazón sin tanto ahogo,
Prohibía a sus hijos dirigirme la palabra.

Y yo entonces sufría por ello. Se es un tonto a esa edad.
Bajo la luz de color cólico de las bujías Jablochkov
Ellos encontraban pareja enseguida en el baile de las Mujeres de Francia.
Hijas de juez, de oficial, de procurador, de abogado.
Para desentumecer mis piernas tenía que echarme
Sobre Clotilde, la rubia hija del profesor de gimnasia,
Una excéntrica que se ponía tapaculos en el pelo.
Y a la hora de cenar, me acercaba a tomar algo a la cervecería del Centro
Con el gordo van Pohr, el hijo del hojalatero.

Por haber bebido demasiado a menudo demasiadas jarras
Van Pöhr se murió.
Clotilde es casi abuela.
La plaza de Beffroi, a pesar de los obuses, es siempre la misma,
“Buenos días, señor—me dicen ellos delante del Café y Helados—.
Con sus ochenta y nueve años
Su señora abuela es muy animada, ya lo creo;
Siempre bondadosa y siempre amable, como su hermano.
Y sus sobrinos, ¡ahí los tiene de capitanes!
¿Siempre en el Norte? Siempre valientes.
¿Y se exponen mucho?
Ah, señor mío, ¿cuándo vendrá a nuestra casa a tomar el té?”

¡Inocentes! ¡Creen que olvido!
Porque una guerra me hace volver a este país beato
Como un animal cazado en una trampa;
Porque en medio de ellos he aprendido a decir:
Mi querido presidente, mi querido director;
Porque les río a carcajadas los chistes a los representantes
Y hago cola en los vestíbulos
De los grandes almacenes como cualquier comprador;

Porque sé ceñirme a los precios de coste,
Introducir en los contratos cláusulas ambiguas,
Dictar una carta, leer un inventario,
E incluso echar a la calle a un pobre diablo;

Porque ahora sé que el oro,
El oro, rebosa en todo el mundo,
Y que pertenece a los hombres razonables
Que se acuestan cada noche con sus esposas,
Y, de cuando en cuando, con la criada también;

Porque estoy gordo de estar sentado,
Porque mis movimientos son torpes, sostenido por mis escuálidas pantorrillas,
Porque tengo la frente arrugada por culpa de pequeñas preocupaciones,
La tez amarillenta, los pómulos orondos, los labios pálidos,
Y bolsas bajo los ojos,
Ellos creen que olvido.

“Buenos días, señor—me dicen
En la calle de Beaux Arts, delante del parque de bomberos—
Mi hermano el general está ya casi restablecido de su herida.
Vendrá por aquí a pasar uno o dos días.
Confío en que usted nos haga el honor de cenar en nuestra casa con él”.

¡Imbéciles!
Porque mis ojos sonríen,
Mi nuca asiente,
Y mi boca no les escupe salivazos,
Ellos creen que soy de su mundo,
Que estoy de su parte...
Creen que lo olvido todo,
Incluida a Clotilde
Y al gordo van Pohr, el hijo del hojalatero.